

microcuentos







Edición general: Edwin Alcarás Concepto editorial: María Fernanda Mejía

**Diseño y diagramación:** Rafael Castro Suescún Portada: Julio Guevara - Chucuri Ilustraciones interiores: María Eugenia Mejía

ISBN: 978-9942-45-425-6

## Pabel Muñoz López

Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito

## Valeria Coronel Valencia

Secretaria de Cultura MDMO

## Martha Lucía Arízaga León

Directora de Fomento a la Creatividad. Patrimonio y Memoria Social

Los microcuentos de este libro fueron galardonados en el concurso Cuéntame un poQuito 2024, una iniciativa ciudadana que recibió el apoyo de la Secretaría de Cultura del MDMQ







## instantáneas. Con la fugacidad de un relámpago y la intensidad de un perfume. Está hecho para

leer, escribir y también para ver. Voltea las páginas rápidamente y te darás cuenta.

y ic daras i

Este es un libro juguete. Tiene historias casi

Lo bueno, si breve

Hay algo que tiene la miniatura que no deja de conmover, de hacer pensar, como si la forma se pusiera a pelear con lo pretendidamente suntuoso. Ahora recuerdo a dos escritores cuyas imágenes, por diminutas, lo dicen todo: uno de ellos habla de ver un reloj, de fijarse en el segundero, de seguir la sombra de ese segundero que, dependiendo del movimiento, se hace más gorda, más flaca, más angular, más invisible, casi tanto como el aire que nos envuelve completos, pero que no vemos. El otro autor que recuerdo habla de la pupila de un ojo, y que dentro de ella hay un mar, y que en ese mar hay un pescador, y que ese pescador tiene en su mano un pez que boquea. Y el pescador no sabe si devolverlo o no al mar.

En este libro se evidencia la misma potencia que tiene la síntesis y la habilidad de sus autores para esconder lo supuestamente grande, lo dizque importante, y fijarse en lo importante de verdad, pero dándole una forma



chica. Una forma que trae más alegría porque deja que se exprese lo grande. La forma chica no hace alarde de su proceso, a diferencia de lo monumental. Los microrrelatos reunidos acá fulminan por su precisión, pero también por su capacidad de hacer que lo tierno y corto se conviertan en una joya. Lo sintético como poética de todo, sea el detalle, sea lo misterioso o imperceptible. Alguien dijo, con certeza, que la literatura puede visibilizar las relaciones entre cuerpos y que, en tanto empresa sensible, ahí es donde se juega todo: la distribución de nuestras sensibilidades, de lo entendible, de lo posible. Acá se encuentra todo, la brevedad, la precisión, la ocurrencia, la anécdota comprimida, el carácter proteico, la intertextualidad, la necesidad de un cómplice, el final no conclusivo, la experimentación, la ambigüedad, el humor, la sorpresa...

Ah, la sorpresa... Es evidente que la sorpresa ocurre porque todo escritor, en mayor o en menor medida, es un ocurrido. Los autores de estas joyitas,



ocurridos todos, comprenden bien que la ocurrencia, más que tratar de representar la ciudad de Quito, muestra la importancia de las emociones "perceptibles y pensables" de ese Quito que nos es común. En el horizonte del microrrelato, me atrevo a decir, se juega un modo distinto de leer. Un sentido de completitud. Una unidad esencial. Un modo bello de pensar, sentir y percibir nuestra ciudad. Como decía Baltazar Gracián, en 1647:

Lo bueno, si breve, dos veces bueno. (...) Y aun lo malo, si poco, no tan malo.

Esteban Mayorga



Categoria Infantil



El Gallito

Primer Lugar • Pablo Nicolás Castillo López

Era una hermosa mañana quiteña y yo estaba caminando por una maravillosa pradera cercana al Guagua Pichincha, pero de repente siento como unas manos ásperas me atrapan. Ya lo sabía, alguien me estaba acechando desde antes. Entonces noto que aquellas manos me tiran dentro de una gran caja metálica que se comenzó a mover. Finalmente me colocan en un lugar alto. Cuando abrí los ojos pude verlo todo, un montón de edificios, cúpulas de iglesias y hasta El Panecillo. Comencé a gritar y a pedir ayuda, porque tengo miedo a las alturas. En ese momento, me di cuenta de que ya no era solo un gallo, ahora soy una estatua colocada en lo alto de un edificio del centro de Quito.



Torito tesorito

Segundo Lugar • Juliano Moreno Franco

Un toro busca un tesoro repleto de oro, cuando ve a Bella Aurora, la escritora, que llora a toda hora; sigue caminando y ve una olla con gallina criolla que tiene una ampolla, de esa olla comía Cantuña, que no se había cortado la uña que aruña y huele a pezuña. Juntos ven a San Agustín en su jardín tocando violín con un bailarín que venía de El Panecillo, que de lejos parecía un castillo amarillo, del tamaño de un bolsillo; ahí había una Catedral con una estrella de cristal muy especial. En la noche, el toro vio un alma que le dijo calma estrechándole la palma, y, en la mañana, vio un gallito señorito que gritó: ¡Qué viva Quito!, quien le dijo dónde se encontraba su tesoro. El toro siguió la pista hasta la princesa Teresa que era muy traviesa y le dio una sorpresa, el tesoro lleno de oro.



La caida mágica

Tercer Lugar • Sol Yépez

Estaba en el Centro Histórico de Quito, al lado de la iglesia de La Basílica. Decidí entrar. Un gato fosforescente me siguió. Subí las extrañas escaleras. Parecían infinitas. Llegué a una terraza con filos de piedra. El gato se trepó y miró la ciudad gris y silenciosa.

El gato me observó molesto y desapareció. Miré a todas partes y solo hallé un brillo intenso. ¿Me había caído con el gato y estaba en el aire? Lo cargué en mis brazos, pero me clavó sus garras. Me llamó con su cola y lo seguí corriendo. El camino era de agua. No me hundía. Crucé una puerta y llegué a un matorral fosforescente. Me senté entre las hierbas, no sé si un mes o un año. El gato se acurrucó en mis piernas. La claridad fosforescente no se iba. Ya no tenía miedo, el gato me acompañaba.